

## TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

Un golpe vengativo genera una espiral de comportamiento destructivo. Un buen ejemplo de esto es la reacción del gobierno americano a los ataques de la embajada americana en Nairobi y Dar es Salam, en agosto de 1998, que supuso la pérdida de 12 americanos, 212 keniatas y tanzanos y alrededor de 4.500 heridos. El gobierno de los EE.UU. culpó a Osama Bin Laden. El 20 de agosto, EE.UU. se vengó disparando ocho misiles de crucero (a 750.000 dólares cada uno) en una planta farmacéutica en Jartum, Sudan, y en un viejo campo mujahidí en Afganistán (Un misil se fue de curso y aterrizó 600 kilómetros fuera de su objetivo, en Pakistán.) Los dos objetivos habían sido identificados como áreas asociadas con campos de entrenamiento de los grupos relacionados a Osama. Pero pronto se descubrió, sin embargo, que los informes de la CIA habían sido erróneos y que ninguno de los objetivos podría haber estado conectado con aquéllos que perpetraron los ataques. El 2 de septiembre, el ministro de defensa estadounidense dijo que no se habían dado cuenta de que la planta médica en Jartum hacía realmente medicinas, no gas nervioso, cuando él recomendó que se atacara. También declaró que la conexión con Bin Laden fue, como mucho, “indirecta”. Aun así, el presidente Clinton no paró de señalar que “se ha evitado una amenaza inminente para nuestra seguridad nacional,” mientras que la secretaria de estado Madeleine Albright describió Sudán como un “nido de serpientes lleno de terroristas.”

El portavoz del gobierno también justificó estos ataques, aunque no habían tenido nada que ver con los ataques a la embajada, pero ignoró el hecho de que Bin Laden, quien probablemente organizó los ataques, había sido un anterior protegido de los EE.UU., cuando nuestro gobierno organizaba a los militares árabes para luchar contra Rusia en Afganistán. Bin Laden se volvió contra los EE.UU. en 1991 porque pensaba que la implantación de tropas americanas en su tierra nativa, Arabia Saudí, durante la primera guerra del Golfo era una violación de sus creencias religiosas. El ataque a las embajadas, si realmente fue proyectado y conducido por Bin Laden, sería en realidad otro ataque vengativo, y no terrorismo irracional. En vez de bombardear Sudán y Afganistán, los EE.UU. deberían mejor haber considerado reducir o quitar nuestra provocativa presencia militar a gran escala en Arabia Saudí.

(...)

A muchos americanos no les importan las acciones políticas o armamentísticas de su gobierno, al compararlas con aquéllas de la Unión Soviética. Insisten que los valores e instituciones “americanos” son mucho más humanos que los de la Rusia de Stalin. Y estoy de

acuerdo. (...) [Pero] aunque la mayor parte de los americanos no se enteren de lo que su gobierno está haciendo en su nombre, sí es probable que paguen, individual o colectivamente, por los continuos esfuerzos de su nación por controlar la escena global. Antes de que el daño producido por los obstinados actos triunfalistas, y la propaganda y retórica triunfalista que los acompaña, sea irreversible, es importante que abramos un plano de discusión sobre nuestro papel en la escena global.

**P. 10 y ss.**

Las naciones del mundo votaron el establecimiento de un Tribunal Internacional de justicia que pudiera juzgar a los soldados y líderes políticos que pudieran haber cometido crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y genocidio. Este tribunal difiere del Tribunal Internacional de la Haya en que tiene jurisdicción sobre individuos, y no sólo sobre naciones. Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Canadá [y España] apoyaron el tribunal. Solo Algeria, China, Israel, Libia, Qatar, Yemen y los EE.UU. votaron en contra. El embajador americano para las Naciones Unidas, Bill Richardson, fue capaz de enfurecer a prácticamente todas las asociaciones de defensa de los derechos humanos en el mundo cuando en su discurso [ante la cámara] acusó a otros líderes democráticos de culpar a los EE.UU. de “aspiraciones neocolonialistas” y aseguró que los EE.UU. solo apoyarían a un tribunal que recibiese sus casos exclusivamente del Consejo General de las NU, donde EE.UU. puede vetar cualquier iniciativa con su único voto.

Los oficiales americanos aseguran que ellos tienen que proteger a sus más de 200.000 tropas [en 2000] esparcidas por 40 países de “motivos políticamente conducidos.” Mantienen que “debido a las especiales responsabilidades globales de América”, ningún procedimiento puede ser permitido que tome lugar en contra de sus soldados o agentes a menos que los EE.UU. estén de acuerdo con ello. (...) Los términos del tratado establecían la violación, el embarazo forzoso, la tortura y el reclutamiento militar forzado de niños como crímenes de guerra. Los EE.UU. objetaron en contra de estos títulos, reclamando que el tribunal debería concentrarse exclusivamente en el genocidio. [Leer: Sex among Allies: Military prostitution in US-Korea Relations, de Katharine Moon, una tesis doctoral sobre cómo los gobiernos de Corea del Sur y EE.UU. se ocuparon de proporcionar prostitutas para los más de 37.000 soldados norteamericanos establecidos en Corea, con las consiguientes resultados que esto supuso para las mujeres coreanas de menor posibilidad laboral.] También es de notar la llamada operación Cobra de Oro. Aproximadamente 10.000 soldados americanos juntan fuerzas con las milicias

tailandeses. A los americanos les encanta operación Cobra de Oro, por el sexo. Según el periódico *Pacific Satrs and Stripes*, unas 3.000 prostitutas esperan a los marines de la base aérea de Utapao. Y un número similar de chicas se encuentran en el distrito Patpang de Bangkok. Muchas de ellas han sido violadas y tiradas al saco de la prostitución, la mayoría infectadas con Sida. El coste de una chica era en 1997 de 60 dólares. Los franceses al principio se unieron a los EE.UU., porque ellos habían entrenado a los ruandeses militares que controlaban a los hutus, que entre 1993 y 1994 ayudaron a organizar las masacres de unos 800.000 tutsis. Tras la adición de una cláusula que excluía a los signatarios mayores de la jurisdicción del tribunal, Francia aceptó el acuerdo. No EE.UU., porque “se espera que la mayor potencia económica y militar del mundo intervenga en catástrofes humanitarias allí donde ocurran.”

(...)

Ningún otro país del mundo ha sido “propagandísticamente” hablando más activo en la defensa de los “derechos humanos”. Pero silenciosamente el gobierno estadounidense ha colaborado, entre otros casos, con la represión de los rebeldes Kwangju en el sur de Corea en 1980, con todos los escuadrones de la muerte de extrema derecha que surgieron en América Central durante los años 80, con la represión de los disidentes del Sha en Irán, con el general Augusto Pinochet a quien exoneró de toda responsabilidad de las matanzas de al menos 4.000 ciudadanos chilenos, y con el genocidio turco contra la población kurda. Cada vez que se recalcan estas relaciones o intervenciones los representantes estadounidenses responden con la vieja retórica de “la nación indispensable”, o lo que el Consejo de Relaciones Forales llama “el sheriff reticente.”

Poco después del voto en contra del tribunal, en Ottawa, diciembre de 1997, 123 naciones de todo el mundo se reunieron para prohibir el uso, producción y traslado de minas antipersona. Militares de EE.UU. retirados, como el general Norman Schwarzkopf habían apoyado la iniciativa, pero la administración de Clinton insistió en que las minas de tierra eran una necesidad para proteger a Corea del Sur en contra de la “desbordante militarización del Norte”, en realidad, un mito. En este caso, Afganistán talibán, China, Rusia (que luego cambió su posición), Vietnam y los EE.UU. se opusieron.

Hoy hay entre 60 y 100 millones de estas minas plantadas en 60 países alrededor del mundo (Al menos 10 millones en Camboya.) Cuestan 3 dólares, y matan a unas 26.000 personas al año, generalmente civiles de países subdesarrollados. Ya son responsables por más muertes

que todas las armas de destrucción masiva juntas. El gobierno australiano, que apoyó el tratado, estima que llevará otros 1.100 años la limpieza en todo el mundo de tales minas con las técnicas de detección de metales actuales, pero hay nuevas técnicas termodinámicas que ayudarían a hacerlo más rápido. Uno se pregunta por qué el Pentágono, con un presupuesto de más de 267.000 millones (267 billion) de dólares en el 2000 no ha puesto ni un penique en el desarrollo de estas técnicas. [Esa suma ha ascendido a 500.000 millones (500 billion) de dólares en el 2004]

#### **P. 66 y ss.**

En 1991, de forma inadvertida, el Gobierno de EE.UU. dio a las fuerzas militares especiales luz verde para virtualmente penetrar en cualquier país del planeta. Pasó una ley (Sección 2011, título 10) que autorizaba lo que se conoce como programa de Intercambio de Entrenamiento Combinado y Conjunto (JCET), que permitía al Departamento de Defensa enviar fuerzas de operaciones especiales al extranjero siempre y cuando el principal objetivo fuera el entrenamiento de las fuerzas estadounidenses, no el de estos países. (...)

Poco a poco, ha ido saliendo a la luz que, por ejemplo, los cuerpos del JCET ofrecieron crucial ayuda y entrenamiento a los comandos de montaña turcos, cuyas operaciones en contra de los rebeldes kurdos mataron a unas 22.000 personas; pero también entrenaron a otros comandos en técnicas de francotiro, combate cruzado, operaciones militares en terreno urbano y guerra psicológica en Colombia, Ruanda, Surinam, Guinea Ecuatorial, Sri Lanka, Pakistán y Papua Guinea, entre otras naciones. En algunas ocasiones, los EE.UU. estaban actuando incluso en contra de prohibiciones presidenciales y del congreso (Como en Colombia). *The Washington Post* obtuvo una copia en 1990 del Departamento de Defensa titulado “Doctrina de las Operaciones de las Fuerzas Especiales”, donde se describe las técnicas de las JCET en las FID “Foreign Internal Defense”. El manual define FID como la organización, entrenamiento, consejo, y asistencia de un poder militar extranjero en acciones en contra de su propia población o de fuerzas rebeldes para proteger a su sociedad de la “subversión, la insurgencia y la carencia de ley.” “En aquellas áreas donde nuestras fuerzas JCET operan,” el secretario de Defensa Cohen dijo “se animan tanto valores democráticos como estabilidad regional.”

Un sencillo ejemplo de cómo las JCET apoyan “valores democráticos y estabilidad política” es en Indonesia. (...) Suharto llegó al poder en 1965 y en un golpe violento lleno de sangre eliminó a todas las fuerzas políticas de la izquierda de punta a punta del archipiélago.

Suharto estuvo en el poder hasta mayo de 1998. A su salida y tras la crisis de 1997, originada por las presiones políticas y económicas estadounidenses y del Fondo Monetario Internacional [que pidió el cierre de varios bancos en un sistema que no tenía depósitos para seguros, con lo que los ciudadanos ricos sacaron el dinero para invertirlo fuera del país o comprar dólares con rupias, la rupia descendió un 60 por ciento, un dólar valía 15.000 rupias], Indonesia tenía anuladas prácticamente sus existencias, devaluado su moneda en un 60 por ciento, y el número de personas que vivían por debajo del nivel de la pobreza [un dólar al mes] había ascendió de 20 millones a 100 millones (la mitad de la población).

(...)

Los EE.UU. proporcionaron una lista con medio millón de nombres de supuestos comunistas a las fuerzas armadas de Suharto (ABRI), los cuáles fueron aniquilados. También apoyó públicamente a las ABRI en la invasión de East Timor y la subsiguiente aniquilación de 200.000 timorenes, lo que el Departamento de Estado llamó en su estudio de Derechos Humanos en la Isla como “matanzas extrajudiciales.”

(...)

Había buenas razones para que los EE.UU. quisieran mantener al general Suharto en el poder. En los primeros años de su gobierno, Suharto contribuyó a la estabilidad regional, trayendo una especie de prosperidad y optimismo a la gente de Indonesia. [Por ejemplo] la renta per capita subió de unos 75 dólares al mes en 1966, a 1.200 en 1996. (...) pero con el paso del tiempo, el gobierno de Suharto desarrolló kleptocracia, por la que la mayor parte del país pasó a ser adueñado por él y sus amigos y parientes. Se dice que la fortuna de la familia Suharto asciende a varios cientos de miles de millones. [La deuda externa de Indonesia está alrededor de los 200.000 millones de dólares]

(...)

El FMI está lleno de doctores en economía de universidades americanas que son desconocedores y despectivos de otras culturas que no se asemejen al “The American way of Life.” Sólo ofrecen “un molde (en realidad una sola forma de capitalismo) en la que encaje todo lo demás.” El FMI ha aplicado durante años tales reglas a varios países de Latino América, el Este de Asia y a Rusia, sin obtener un notable éxito.

(...)

Si se permite que Indonesia se muera de hambre, viviendo de la ayuda internacional (especialmente Americana) es bastante posible que el Islam, que hasta entonces ha mostrado su cara tolerante y de mente abierta, se vuelva implacable y de carácter militar. [El libro está

publicado en el 2000, meses antes de que un grupo de terroristas islámicos matara a 200 personas en una discoteca de Bali, mayormente australianos. Los turistas australianos tampoco tenían nada que ver con el endeudamiento del país.]

**P. 75 y ss.**

Tibet es un asunto diferente. Como estado independiente y propia cultura, está probablemente destinado a un mal fin. China está actualmente llevando a cabo lo que el Dalai Lama llama “la solución final para el Tibet”, una política abiertamente racista de emigración china propiciada por el estado basada en el “forzado asimilamiento” (la palabra usada en chino es hanhua, literalmente: “hacer chino.”) Las únicas esperanzas del Tibet residen en los extraordinarios esfuerzos del Dalai Lama para hacer su lucha públicamente internacional. (...) lo que quizás traiga algo de preocupación global sobre el comportamiento obstinado y destructivo de China.

(...)

El concepto de irredentismo no es aplicable al Tibet. Nunca fue una provincia de China, y tampoco estuvo envuelta en las relaciones normales tributarias que los estados satélites de China mantuvieron durante décadas con Beijing. (...)

Después de que el control imperial terminara en 1912, Tibet se convirtió en un estado independiente con sus instituciones gubernamentales y un pequeño ejército, aunque su nacionalidad no fue reconocida por ningún otro país. Durante ese periodo la mayoría de los chinos fueron expelidos, pero esto cambió con la invasión china comunista de 1950.

[Tibet fue entonces incluido en China como una región autónoma, pero tras las ejecuciones, el robo de propiedades y tierra, el trabajo esclavizado y la destrucción de lugares religiosos, en 1959 estalló una rebelión en la que la CIA estuvo implicada subrepticamente. Nixon estaba en el poder.] En 1959, se forzó al Dalai Lama al exilio a India. Las autoridades chinas sólo esperan a su muerte (el Dalai Lama cumplió 68 años en el 2004) con la esperanza de que podrán implantar a un sucesor, como ya han hecho con el Panchen Lama, el segundo Lama de más prestigio en la jerarquía tibetana, (...) quien fue citado en los periódicos chinos diciendo “Gracias, Jiang Zemin, Gracias, gobierno de China. Estudiaré duro para aprender y amar a la madre tierra.”

El gobierno chino clama que el Tibet es feudal, y que no merecen ser salvados. (...) Tal y como están las cosas hoy, otros países budistas como Korea o Japón, (o Hollywood) podrían

inculcarse más emocionalmente como otros lo han estado con los osos pandas, cuyo destino parece bastante similar.

Desafortunadamente no hay intereses en salvar al Tibet. El escenario más probable es que Tibet llegará a ser asimilado y sus lamasarios serán dejados como poco más que museos desquebrajados, como la mayoría están ahora.

**P. 164 y ss.**